

# Retrato de un Arzobispo

POR UN LIBRE PENSADOR (\*)

MONS. FERNANDO ARTURO DE MERIÑO

De un laborioso y honrado tronco de agricultores, nació Monseñor de Meriño en la granja de su familia el 9 de enero de 1833 en Yamasá, en la República Dominicana. Su padre, nacido en el país, descendía de una familia española de las Canarias, y por la parte materna su abuelo llevaba todavía en su rostro la huella de la raza indígena y tenía talvez por ascendiente algún guerrero de la tribu con la cual el cacique Enriquillo había conquistado con las armas el derecho de ciudadanía en el seno de la familia de los conquistadores. Monseñor Meriño fué bautizado en el Santuario de Boyá,

(\*) Esta interesante semblanza del ilustre patricio dominicano Fernando Arturo de Meriño y Ramírez (1833-1906), la escribió el sabio y patriota antillano doctor Ramón Emeterio Betances y Alacán (1827-1898) en la Capital de Francia cuando Meriño recibía en la Ciudad Eterna la consagración episcopal como Arzobispo de Santo Domingo. Escrita en francés, así la insertó el renombrado escritor puertorriqueño Luis Bonafoux en su libro sobre *Betances*. Imp. Modelo. Barcelona. 1901, de donde la tradujo al español y la publicó, incompleta, en *El Criterio Católico* número 37, S. D. julio 7 de 1902, el Presbítero y Licenciado don Rafael C. Castellanos, precedida de la siguiente explicación; "Debemos advertir a nuestros lectores que hemos suprimido algunos párrafos muy honrosos para Monseñor de Meriño, porque nos empeñamos en no tocar en esta publicación nada que tenga relación con la política, según lo consignado en nuestro programa".

La versión que ahora se publica, hecha también del texto que aparece en la citada obra de Bonafoux, la agradecemos a la fineza del desaparecido Licenciado don Cayetano Armando Rodríguez, el dominicano "de labor más copiosa y considerable" como traductor.— (V. A. D.)



cabecera de la parroquia, lo que ha inducido a error a algunos de sus biógrafos y los ha hecho inscribir su nacimiento en este pueblo.

Su padre, agricultor modesto, no pensaba sino en hacer de su hijo un robusto *hatero* (1) pero los relámpagos que brillaban en los ojos del niño, fascinaron a una madrina inteligente que resolvió arrancar a su ahijado de las labores de la tierra para dedicarlo al cultivo mas brillante, si no mas honorable de las letras.

Dos sacerdotes virtuosos é instruidos, el Padre Elías Rodríguez y Monseñor el Arzobispo Portes, no tardaron en reconocer en él todas las cualidades de un espíritu selecto, y durante sus estudios superiores, en los que ellos lo animaban, el Seminario de Santo Tomás de Aquino, fué para él su teatro espléndido de triunfos ininterrumpidos.

Meriño fue ordenado sacerdote en 1856 y enviado en esta calidad a Neiba habitado por un pueblo rudo y altivo, en el cual el valor y la fuerza estaban considerados como las supremas virtudes. Meriño fundó allí una escuela y comenzó a someter a la enseñanza aquella población inquieta y enérgica. Aquella labor agradaba al joven conductor de almas. Los niños venían con júbilo hacia el pastor de veintitres años, y muy pronto, en el seno de aquellas familias, se sintió rodeado por todas partes de amor, de respeto y de veneración. “Aquella fué, decía él a veces, la época mas dichosa de mi vida”.

Entre Neiba y Barahona, en un alto y placentero valle en donde la naturaleza se ha gozado en esparcir todos los esplendores de los trópicos, Meriño se puso a soñar con una casa modesta y salubre, rica de aire y de luz, rodeada de verdura dominando a lo lejos las selvas, dominando el mar azulado; dominando un bello riachuelo de límpidas aguas y en donde todo aquel pueblo duplicaría su energía de rectitud, su valor de sabiduría y su fuerza de bondad.

El la deseaba llena de escolares, amigos suyos y de campos de una fertilidad incomparable, que lo rodeara; él quería formar una

---

(1)—*Hato* en Santo Domingo y *Hatte* en Haití, es la propiedad en que se crían los rebaños. (C. A. R.)



granja en la que se entregaran, en sus ocupaciones fecundas, numerosos labradores, sus antiguos discípulos, que habrían trabajado por la dicha de su familia y por la prosperidad de la patria. Pasar su vida y consagrarla a hacerla floreciente, en aquel rincón del país, la aspiración más pura; aquel era un plan digno de aquel sacerdote evangélico destinado no obstante a ver sus sueños tan a menudo ahogados bajo las rudas prácticas de la vida.

Sus feligreses mismos fueron los primeros en arrancarlo de allí para enviarlo a la Convención (1857) encargada, después de una revolución, de la reorganización del país. Esa fué la primera aparición del Reverendo Padre de Meriño en la escena política. Ya la reputación de sus virtudes había llegado hasta el Jefe del Estado, el General Santana, y su talento no había tardado en revelarse en sus métodos de enseñanza. Como por la muerte del R. P. Gaspar Hernández, la iglesia dominicana, se encontraba sin administrador, Santana no temió pedir para él el título de Vicario Apostólico (1858).

“A la cabeza de la iglesia dominicana, dice un historiador, al amanecer de su vida de hombre y al principio de su carrera de sacerdote, desempeñó su mandato con tanta pureza y dió tales pruebas de inteligencia y de sabiduría que el Santo Pontífice, agradecido de sus importantes servicios a la religión, lo revistió con las facultades reservadas a los obispos y le confirió el poder de administrar el Sacramento de la confirmación.

“Cerca de obtener la mitra de primado de las Indias a satisfacción de la Santa Sede y a satisfacción del pueblo dominicano, el proyecto de anexión de la República a España, concebido y ejecutado por Santana, lo separó para siempre de su protector y le colocó en una situación tan difícil como peligrosa”.

Entonces comenzó para el R. P. de Meriño una vida de constante agitación, en la que alternativamente obligado al destierro o llamado a la presidencia del congreso dominicano, unas veces recorría la América y la Europa, predicando en Puerto Rico, en Cuba, en Venezuela los beneficios de la religión; defendiendo en España y en Roma los derechos de su patria y luego volvía a su país suspirando por la gloria y desafiando por su honor todo el odio de los tiranos; dando por todas partes y siempre a sus conciudadanos el ejem-



plo del patriotismo e inspirando a los extranjeros el respeto de su república.

Es necesario, pues, ver constantemente en el R. P. de Meriño dos hombres: el sacerdote y el patriota.

El Sacerdote, nombrado canónigo en Puerto Rico por la Reina Isabel II, se dirigió a su puesto. (2) Allí el obispo Carrión lo agrega a su persona y se hace acompañar por él por toda la isla, en una vi-

- (2) En la revista *Clío*, setiembre-octubre de 1934, página 150, aparece una noticia bibliográfica en la cual se afirma que dicha "Canongía ofrecídale por Isabel II, cuando Meriño optó por fijar su residencia en Puerto Rico, era una prebenda", y que "ni ésa ni otra alguna aceptó el sacerdote y orador dominicano." Pero la verdad es que el distinguido eclesiástico y patriota dominicano aceptó y ocupó la mencionada dignidad en el Cabildo Diocesano de San Juan de Puerto Rico, tal como lo expresa Betances. (Dr. Alcides García Lluberes: *De la Era de la Anexión*. Documentos y Notas, en *Clío* núm. 90, mayo-agosto de 1951, página 97). Antes había servido el cargo de "Subdelegado Castrense interino, de la Isla de Santo Domingo", nombrado por Isabel II, como lo atestigua la Real Orden del 26 de setiembre de 1861 que puede leerse en el tomo cuarto de la *Colección de leyes* (Edición de 1882), pág. 116, bajo el Núm. 699. Debemos consignar que en la página 429 del tomo tercero del *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, por don José Gabriel García, se lee que el mencionado nombramiento real recayó en el "actual gobernador eclesiástico, presbítero Calixto María Pina, en quien había delegado sus facultades el vicario apostólico, presbítero Fernando Arturo de Meriño, cuando el 14 de abril se embarcó para España, despachado por el general Santana bajo partida de registro, a consecuencia de los esfuerzos que hizo por oponerse a la anexión." pero no fué así; pues Meriño permaneció al frente del gobierno de la Arquidiócesis hasta abril del siguiente año de 1862, en que fué expulsado por Santana, yerro este último que quedó corregido por la documentación publicada por el Dr. García Lluberes, en el precitado artículo. Entonces se encaminó a España "a arreglar mis negocios", escribió; y con la idea de retornar con el nuevo Arzobispo español Monzón. En la Madre Patria prestó "el juramento de fidelidad a S. M. y a las leyes del Reino", como lo atestiguan documentos auténticos ya impresos. (Véase el citado trabajo del doctor García Lluberes). Meriño, pues, aceptó el hecho cumplido de la Anexión; por lo cual es inexacto lo que se lee en el *Resumen de Historia Patria*, por don B. Pichardo, de "que, con motivo de su patriótica actitud contra la anexión, se envió para España, bajo partida de registro, al Pbro. Fernando Arturo de Meriño, más tarde Presidente de la República y Arzobispo Metropolitano de la Arquidiócesis."

Meriño se decidió a salir de Puerto Rico en diciembre de 1864; el 11 de febrero del siguiente año de 1865, se embarcó para Venezuela por la vía de Santhomas, y llegó a Caracas al mes justo de haber salido de Mayagüez. El 13 de agosto arribó a esta ciudad, cuando ya se había operado el *Abandono*.

Lo mismo que Báez, Meriño fué "extraño a los grandes acontecimientos verificados en nuestra patria" durante el período gloriosísimo de la Restauración. Aquel se ciñó el fajín de *mariscal*; el segundo las bolillas de un *canonicato*.— (V. A. D.)



sita pastoral en la que su elocuencia arrebatadora descubriendo a menudo el apóstol de la libertad, el patriota, obliga al pueblo a aclamarlo y lo hacen sospechoso a los ojos de las autoridades coloniales...

Una noche, en Mayagüez, después de un caluroso sermón, se le vió seguido de más de cinco mil personas que llevaban antorchas encendidas, dirigirse al cementerio para orar. Era la noche de finado y se creyó ver aparecer las sombras de Hidalgo y de Morelos, los Sacerdotes libertadores de México.

Jamás un semejante espectáculo se había ofrecido, ni se ofreció después a aquella población entusiasta. Jamás, tampoco, se vió a un sacerdote católico arrodillarse ante un moribundo, que rehusaba confesarse para suplicarle que salvara su alma.

Un hombre cuya palabra, alternativamente fogosa y poderosa o tierna y persuasiva arrebatava ya a las masas populares, o ya seducía aisladamente por la humildad a los católicos menos convencidos; un tal hombre era peligroso en una colonia española, donde el silencio y la ignorancia son las armas de gobierno. El tuvo el honor muy efectivo de hacerse sospechoso y por eso salió para Venezuela.

Caracas, donde brillaban en aquella época tantas luces, no tuvo ningún trabajo en reconocer en él un precioso campeón del cristianismo y de las causas sud-americanas. Un porvenir brillante le esperaba allí; pero Santo Domingo, después de prodigiosos esfuerzos de heroísmo, acababa de conseguir contra España su independencia y el Padre de Meriño fué a ocupar el puesto que le fué designado en la Junta Ejecutiva.

Derrocado del poder con sus amigos, elegido diputado por el pueblo y llevado a la presidencia de la Cámara por sus enemigos que ensayaban comprometerlo y arriesgarlo en su partido, él tuvo el valor de aceptar aquel puesto peligroso para recibir al presidente Báez, que tantas veces había violado sus juramentos constitucionales y en discurso que ha quedado célebre, él lo obligó a avergonzarse, recordándole públicamente la ejecución de sus deberes.

Estamos en 1865. Durante un largo período de doce años, la



República debía ser atormentada por la ambición de un hombre que le ha sido funesto hasta su muerte: el presidente B. Báez. Este ambicioso a quien no se arrancaba del poder, sino por la fuerza, no caía jamás sino para lanzar el país a las guerras civiles que lo despoblaban y lo desmoralizaban. El Padre de Meriño volvía a encontrarse siempre frente a ese hombre, y cuando Báez concibió el proyecto siniestro de entregar el país, español de raza y católico por religión, a la América del Norte, inglesa y protestante, Meriño desapareció durante todo un año, sin que sus amigos se dieran cuenta de esta retirada misteriosa. Meriño estaba en Roma; después en Madrid.

En Roma el Sacerdote ensayó con Pío IX, que lo recibió bondadosamente, establecer las bases de una reconciliación sólida entre la República y la Santa-Sede, después del diferendo que había surgido. En aquella época él había sido presentado por la Convención Dominicana a Su Santidad como candidato a la Sede Arzobispal, proyecto que él había desaprobado (1866).

En Madrid el patriota concertó en silencio, con el general Prim, algunos planes para oponerse a la absorción de la República por la confederación americana, fué también durante este triste período, que Meriño se dirigió nuevamente a Venezuela donde el pueblo le hizo un recibimiento entusiasta. El brilló allí otra vez en la tribuna sagrada. Obsedido por los poéticos sueños de sus primeros años de ejercicio, se entregó de nuevo a la enseñanza. El Obispo de la Guayana Venezolana seducido por los encantos de aquel sacerdote que unía en sí las cualidades de apóstol y de tribuno, le confió el vicariato de Barcelona, y el Congreso de la Provincia lo honró con el título de ciudadano y con una declaración en la que se reconocía que él había merecido bien del país. (Ciudadano benemérito).

En medio de las tempestades políticas, que unas veces lo alejaban de su país y otras lo colocaban en primera gerarquía entre los patriotas, él sirvió una vez el curato en la parroquia del Seibo. Cuando la administración de Báez, el espíritu religioso entibiado, dejaba flotar la provincia entre la indiferencia y el desdén por la iglesia. El Padre de Meriño se propuso levantar aquellas almas abatidas: pero viéndose constantemente bajo la amenaza del enemigo, se con-



virtió por la fuerza de las cosas, en el alma de una conspiración que dió por resultado la caída del tirano.

Durante aquellos días de angustia, en aquel pueblo desconsolado, en el que todos los hombres válidos habían salido para combatir las fuerzas del déspota, hubo un hombre que sirvió de padre a todas aquellas familias sin defensa: fué Meriño, y en la noche, durante esas noches silenciosas de los trópicos, bellas y puras como el alma del conspirador, había un centinela que recorría solo las desiertas calles y vigilaba por la salud de todos y ese hombre era él.

El triunfo coronó sus esfuerzos. El no se contentó, sin embargo, con ponerlos al servicio de la libertad. Rompiendo los lazos que retenían su espíritu ávido de acción, él se proponía un objeto superior; quería organizar la instrucción de su país. También se le vió en Puerto Plata levantando el prestigio del culto con la fundación de cofradías religiosas; propagando la instrucción primaria y creando cátedras de instrucción superior, ya en Santo Domingo, restableciendo el seminario, ocupándose de las necesidades de esta institución, tanto como de las de los otros colegios, estableciendo por todas partes una disciplina severa, y convirtiéndose en rector del instituto profesional.

En su noble carrera, consagró con toda la abnegación y toda la simplicidad de su corazón, más de treinta años de su vida a la instrucción de la infancia y a realzar la juventud dominicana.

La mayoría de los hombres que se han elevado en el país por su talento o por su virtud se honran con ser contados en el número de sus discípulos. También en aquellos momentos de prueba en que la República estaba caída en el abismo, no podía descender más bajo, nadie podía asombrarse al ver al libertador de la patria su amigo el General Luperón, apoyado por todo el pueblo, dirigir sus miradas hacia el Padre Meriño, para llevarlo a la Presidencia de la República (1880).

El primer acto de su administración fué un decreto de amnistía en favor de sus compatriotas desterrados.



Tuvo más tarde que deplorar una invasión organizada en la colonia española de Puerto Rico, compuesta en gran parte de soldados españoles licenciados y comandados por dos o tres jefes dominicanos, sus antiguos enemigos. El era la ley, él tenía la espada y con ella hirió. La insurrección fué vencida y los prisioneros fueron enviados a España.

Meriño bajó del poder sin ninguna otra sacudida, después de haber visto con alegría entrar al pueblo, por medio del trabajo, en las vías de una paz durable y de la prosperidad, y el país entero comenzó a desarrollar sus riquezas, ignoradas hasta entonces de una manera que pareció un prodigio.

Su sucesor y su amigo, el general Heureaux, había sido su ministro de lo interior. Con la abnegación de los grandes corazones, que son grandes políticos, el Padre Meriño se puso simplemente a sus órdenes. Después presidió nuevamente el Congreso. (3) Una bula de su Santidad el Papa le daba el título de Deán de la Catedral, y seis meses después recibió el breve de León XIII que le nombraba administrador apostólico de la arquidiócesis.

Presentado (1884) el primero en la lista por el Congreso para el Arzobispado de Santo Domingo, el R. P. de Meriño, se encuentra hoy en Roma donde fué llamado para recibir la consagración.

El había venido a París en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario.

---

(3) En las *Anotaciones* publicadas en *Clío* (Núm. 11), correspondiente a setiembre-octubre de 1934, pág. 151, se lee que "Meriño, cumplido su mandato en el primer bienio de la serie convertida por Heureaux en continuo, no presidió el Congreso ni desempeñó ningún otro cargo gubernativo." Pero la verdad es, precisamente, lo contrario. Después de haber sido Presidente de la República (1880-1882), y durante la primera Administración del General Ulises Heureaux, el Pbro. Fernando Arturo de Meriño fué electo Diputado por el Distrito de San Pedro de Macorís, tomando posesión de dicho cargo legislativo el día 5 de marzo de 1883, siendo designado para formar parte de la Comisión de Relaciones Exteriores (*Gaceta Oficial* núm. 455, S. D. Marzo 10 de 1883); y en la sesión celebrada el día 30 de abril del mismo año, ocupó la Presidencia del Congreso Nacional, prominente en cuyas funciones permaneció hasta el término del período reglamentario para que había sido designado. (*Gaceta Oficial* núm. 468, julio 13 de 1883, y siguientes). Como Presidente del Congreso Nacional firmó la célebre *Ley sobre puerto franco y ciudad de San Lorenzo, en la bahía de Samaná*, negocio en el cual era parte interesada el mismo doctor Betances. (V. A. D.)



Así se continuó aquella vida ya tan bella y tan bien cumplida, de un hombre que después de haber sufrido como patriota los rigores de las más inicuas persecuciones, se ha levantado siempre como sacerdote y ha podido subir a lo más alto de la escala de las grandezas.

Después de haber sido sacerdote y... iba a decir soldado, diputado, presidente del Congreso, profesor, rector de la Universidad, diplomático, ministro, presidente de la República y Dictador, fué a ocupar definitivamente la sede Arzobispal de Santo Domingo donde continuará su papel con más razón que nunca si los hombres bien inspirados del país saben comprenderlo como elemento de orden, de paz y de fuerza, es decir, de prosperidad y de grandeza para este país, en que la libertad que no puede ser allí traicionada sin peligro, ha encontrado y encontrará siempre en él uno de sus más firmes y más fieles defensores.

Agreguemos que Monseñor de Meriño parece hecho para desempeñar las dignidades con que ha sido honrado.

Amigo de los pobres, compasivo con los desgraciados, nadie nunca ha llamado a su puerta sin encontrarlo pronto a socorrerlo.

Bienhechor y generoso, se le ha visto consagrar su lista civil de presidente al mantenimiento de las escuelas pobres y a los socorros necesarios a los desheredados de la fortuna.

Leal y valiente como un caballero, está lejos de tener la seriedad de los nobles que no tienen sino un viejo nombre que llevar.

Su habilidad es su franqueza y él es de aquellos a quienes pertenece de pleno derecho la dictadura de la persuasión.

En la intimidad, su alegría franca y espiritual da a su conversación un encanto que alegra escucharla; y nada es igual a la delicadeza de sus agudezas si no es las caricias de sus palabras y la urbanidad de su conversación. Era enemigo de la adulación y era siempre sencillo y respetuoso, y sabe imponer el respeto sin man-



darlo; en su casa la dignidad del gesto hace adivinar la nobleza de los actos. Verlo y escucharlo es decir amarlo. (4)

Se le ama, es verdad, no porque él es sacerdote ni porque es patriota, sino porque es bueno. No es de ningún modo sorprendente que él haya atraído y reunido tantos discípulos, a quien él, bastó atraerlos para que fueran sus amigos.

Monseñor de Meriño es grande de estatura; camina sin afectación y con magestad. No obstante eso sus pies de criollo, hechos para llevar la hebilla de oro, son precisamente bastante grandes para sostener su cuerpo de tribuno. Sus ojos de un verde claro color de algas que crecen cerca de las costas de su isla, son ordinariamente tranquilos pero vivos, y cuando frunce las cejas, sus miradas brillan y son de una penetración indecible. Ellos escudrillan en el fondo del corazón del interlocutor y cuando han encontrado, se calman inmediatamente. El juicio está formado. El pasa sobre ellos como un brillo de la justicia, guía de esta alma escogida. Su sonrisa se esparce suavemente por su boca y si sus ojos dicen justicia, sus labios, claman bondad.

Esta cabeza inteligente y original está bien llevada y choca al extranjero acostumbrado a no ver en los republicanos de la América Latina sino a los descendientes de los indios. Hay de esos, es verdad, demasiado pocos. Ellos se llaman Juárez en México y Meriño en Santo Domingo.

Meriño es una gloria para Santo Domingo y un honor para la América. Sus compatriotas se honran al honrarlo. La Iglesia dominicana no encontrará jamás un sacerdote más digno, y el país no tendrá jamás un patriota más ardiente. Para dicha de la república, los grandes hombres de Santo Domingo tendrán siempre que contar con Meriño; pero su amor para sus conciudadanos y su abnega-

---

(4) Acerca de las relaciones entre tan descoltantes figuras antillanas publicamos un artículo en el *Listín Diario*, de esta ciudad, correspondiente al 18 de junio de 1938, bajo el título de *Meriño y Betances*.—(V.A.D.)



ción por su patria permitirán al fiel servidor de la nación repetir las palabras del cacique.

“No hay en mi pueblo sino un solo esclavo: Yo!”.

R. E. Betances (5)

París, Julio 1835.

- (5) Hijo del dominicano Felipe Betances, siempre conservó vivísimo amor a la tierra de su padre. Cuando en 1857 vino por primera vez a Santo Domingo, fué recibido con distinción por sus méritos, por sus honrosos precedentes, y más que todo por los generosos servicios que privadamente prestó a la República en los momentos de la Guerra de la Restauración.” (El Monitor, Periódico Oficial del Gobierno Dominicano, Santo Domingo 7 de setiembre de 1867). De su devoción por nuestra gloriosísima enseña, es elocuente testimonio el hecho de que “tenía las cortinas de los balcones de su casa formadas de los tres colores, blanco, azul y rojo a manera de banderas republicanas.” (Pérez Morís: *Historia de la Insurrección de Lares, Barcelona, 1872, p. 48*). Desde aquí preparó Betances la revolución que culminó en el *Grito de Lares*, en cuya desventura influyó de una manera decisiva el triunfo de la Revolución del 7 de Octubre de 1867, llamada *Regeneradora*, que llevó por cuarta vez a la Presidencia de la República a don Buenaventura Báez, antiguo Mariscal de Campo español, quien “nunca quiso apoyar este proyecto (de Betances) ni prestar auxilio alguno contra España; al contrario, —dice Pérez Morís— se sabe que uno de los motivos porque Betances no vino como había prometido con hombres, armas y municiones a Mayagüez a últimos de Setiembre del 68, fué porque Báez embargó el armamento e impidió la salida de los filibusteros. No pensaba así Cabral, su contrincante, que había acogido con júbilo la idea...” (*Historia de la Insurrección de Lares*, pág. 52). Betances contaba con la protección de Luperón y de otros prohombres dominicanos de entonces, pues era evidente lo que se consigna en un documento fehaciente y cuyo contenido sólo se conoce fragmentariamente: “Los puertorriqueños necesitan de la ayuda y de la protección de los dominicanos para lograr su independencia”. (*Hist. de la Insurrección de Lares*, pág. 66).

El doctor Betances y Meriño fueron amigos desde muy jóvenes, y cuando la muerte segó en flor la vida del licenciado Segundo Ruiz Belvis, compañero del primero e identificado ardientemente con sus ideas redentoras y de magnificación humana, el segundo fué escogido para ir a Chile en busca de los restos del limpio prócer cuya muerte había ocurrido en Valparaíso. El viaje se frustró, y los restos de Ruiz Belvis se perdieron “a millares de millas de la patria”, como escribió el Señor Hostos cuando fué “a visitar al olvidado.”—(V.A.D.)

